

DAVID HUERTA

(

MANDELSHTAM EN EL EGIPTO DE LAS COSAS

¿Y si la literatura fuera uno de esos objetos que forman parte del infinito “Egipto de las cosas”, como designa Mandelshtam el vértigo inventarial de los objetos domésticos, ese río, ese Nilo de las presencias?

El vehemente catálogo que aparece en las primeras páginas de *La estampilla egipcia* podría acoger esa constelación expansiva de letras y sueños y descripciones, la literatura —específicamente la novela—, colindante con los diccionarios, las epopeyas, los cantos ceremoniales de la tribu, la poesía lírica, los diarios personales y las noticias de los periódicos: el territorio de los libros de imaginación consagrados a las mutaciones y a las vicisitudes de la ley. En ese territorio el personaje de *La estampilla egipcia*, Parnok, parece anunciar a los personajes kafkianos que por esos mismos años, apenas un poco antes, iban fraguándose en Praga como pedazos de un metal eterno.

Destino de un poeta

Junto a los muebles y las sillas vienesas, en medio de una extensión ardiente donde surgen pirámides conjeturales e hipogeos faraónicos; en el centro de un remolino de enseres y utensilios domésticos o dinásticos, en esos horizontes áridos y al mismo tiempo entre las cuatro paredes de una residencia petersburguesa —límites o pulsiones donde se confunde el mito con la cotidianidad de una casa rusa junto al Nevá, los ptolomeos y los zares—, un destino apunta laboriosamente a su cumplimiento: el *fatum* laberíntico de un poeta hundido en el vértigo de sus imaginaciones. Luego, hay que salir a la calle en la ruta de Parnok.

Ese poeta que ha inventado, rehaciendo pedacera de su propia vida, la historia de Parnok y sus variados ornamentos, ha sido testigo de cómo todos los cuadros del museo se desencajan de sus marcos, vuelan raudamente hasta un centro convocante, se mezclan y se funden, se confunden, se superponen y se entrelazan, hasta darnos la imagen de la *Commedia*, y entonces por fin la literatura se insinúa en el tiempo, busca instaurarse en medio del “Egipto de las cosas” como una cosa más, como un objeto posible que Mandelshtam parece añorar, como cuando traza la genealogía literaria de un personaje.

Paréntesis sartorial y desértico

Egipto está en el desierto. Entre los canales de Petersburgo el poeta descubre un desierto alrededor de una sastrería. Los discursos que ocurren dentro del voluminoso extrarradio de la literatura afirman sin sombra de duda que ese desierto no es en realidad un desierto; sin embargo, el poeta así lo ve, así lo percibe, así lo discierne: ¿quién podrá decirle que no, que las cosas y los objetos no son lo que él ve y de los que nos trae noticias frescas, jaspeadas de un mareo incesante?

El río, el tiempo y la novela

El río de Petersburgo, el Nevá, está en mi memoria envuelto en la oscuridad neblinosa de una ciudad inolvidable, la misma ciudad de Mandelshtam, que en el noviembre de 1984 en que la visité ostentaba otro nombre. A la altura de la ciudad, el Nevá fluye con espléndida anchura rumbo al mar de Finlandia.

Había entonces, sobre la oscura superficie del agua fluvial, imponentes trozos de hielo, desbaratados o descoyuntados, como si se hubieran desprendido de un continente helado, espeluznante: flotaban allí como pecios de un naufragio cósmico; un naufragio político llegaría cinco años después al inmenso país en

el que Petersburgo es un enclave europeo. Así lo quiso su fundador: Petersburgo fue diseñado como “una ventana a Europa”.

Europa, Mandelshtam: qué nostalgia poderosa ante la obra de un hombre así, este poeta de Rusia, inclinado sobre el devenir de la novela y capaz de descifrar los signos mayores en los ríos de Balzac y Flaubert, en el camino espejeante de Stendhal, en la “antigua miel de las razas germana y latina” tal y como aparecen, en su prisma crítico, dentro de una novela –celeberrima en su tiempo– de Romain Rolland, *Jean Christophe*, en la que Mandelshtam ve cómo se mezclan los afluentes y los grandes cuerpos de agua de la literatura europea.

El títere feroz

Un hombre, una especie de antihéroe, es “la estampilla egipcia”. Primero, la frase es un apodo extraño y denigrante; luego es una cifrada descripción; al terminar la lectura, una categoría del espíritu en la filigrana del tiempo: figura sellada contra el devenir incesante de la “Venecia del norte”, en medio de la que aparece y desaparece como un mimo, como el homúnculo de un planeta grotesco extraviado en la Tierra, como una fabricación articulada –y solamente a medias absurda– de la fiebre de la mente.

Parnok está entre nosotros pues desde las letras de Mandelshtam se proyecta a los intersticios de nuestras propias mentes y a los frágiles vasos de nuestros sueños y las cáscaras no menos frágiles y delicadas de los deseos que nos aniquilan entre carcajadas y sonrisas diabólicas. Pues no es posible imaginarse a Mandelshtam más que sonriendo conforme fluye su “pequeño delirio en prosa” y Parnok, la estampilla egipcia, se traslada de un punto a otro con la ferocidad de un títere que todo lo ignora acerca del libre albedrío.

)